

Poe entre nosotros

Vicente Quirarte

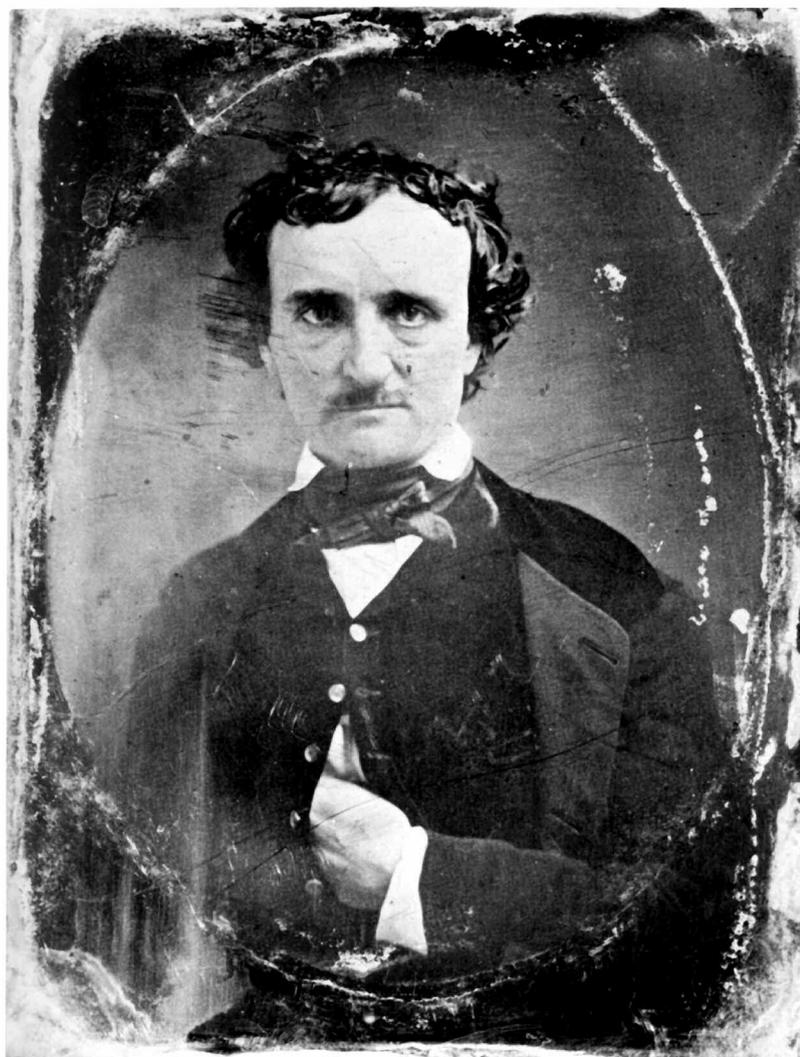
El siete de octubre se cumplen ciento sesenta años de la muerte de Edgar Allan Poe, uno de los pocos visionarios del siglo XIX cuya obra ha llegado intacta hasta nuestros días. Vicente Quirarte nos ofrece a continuación un doble ensayo: el recuento de la recepción en México de la obra del excepcional escritor norteamericano que, al mismo tiempo, culmina con una carta dirigida a Poe y a sus futuros lectores.

Entre 1850 y 1851 Francisco Zarco publica una serie de crónicas donde al entrar en la multitud se borra como personaje. Al demostrar el carácter protagónico de su método de observación, desarrolla el tema de la soledad humana entre los otros, esa gran enfermedad de no poder estar solo, que en el siglo XVIII había anticipado La Bruyère, tema central de uno de los textos más desconcertantes y por ende renovadores de Edgar Allan Poe. En la *Burton's Gentleman's Magazine* de diciembre de 1840, publica por primera vez el texto "*The Man of the Crowd*". Alternando el testimonio con el tono del ensayo, Poe analiza la traducción que el narrador hace de la multitud urbana; se centra en un solo individuo, ése que encarna, como el resto de sus semejantes, el aislamiento en medio de la aparente compañía. Aunque en la época que nos ocupa era frecuente en México la recepción y el intercambio de publicaciones periódicas, resulta casi imposible suponer que Zarco haya tenido conocimiento del texto de Poe. La *Burton's Gentleman's Magazine* era una revista de circulación regional y el tiempo de Poe entre nosotros aún no había llegado. Tampoco el de Baudelaire. Sin embargo, no dejan de sorprender las analogías existentes entre escritores de diferente idioma y formación.

Mientras Zarco escribía sus brillantes ensayos disfrazados de cuadros de costumbres, en Estados Unidos dos dignos herederos de Poe, Nathaniel Hawthorne y Herman Melville modificaban la literatura de su país, con el desconcierto y el consecuente rechazo de sus compatriotas. No contaron en su patria con los lectores capaces de comprender sus alegorías. No tuvieron, como Edgar Allan Poe, un inmediato amigo literario del talento y la generosidad de Charles Baudelaire, quien se encargó de demostrar que Poe no pertenecía a un país ni a una lengua sino a todo el mundo.

La recepción de Edgar Allan Poe en México pasó por varias etapas. En cada una de ellas es posible detectar, por una parte, la manera en que un gran escritor evoluciona a través de generaciones sucesivas. Por la otra, el modo en que su influencia va siendo paulatinamente reconocida. La presencia de Edgar Allan Poe, o Edgardo Poe, como se generalizó en publicaciones en lengua española, aparece por primera vez, hasta donde hemos podido documentar, en 1867, cuando Ignacio Mariscal hace la traducción del poema "El cuervo", la cual no sería conocida sino hasta su publicación en el número 3 de la *Revista Moderna*, de agosto de 1900.

En 1877, Guillermo Prieto había hecho un viaje *de orden suprema* a los Estados Unidos. Al revisar obras y autores de aquel país, hace una valoración de Poe en los siguientes términos: “Gran poeta y novelista, murió joven; nadie ha pintado mejor que él las pasiones. Tipo semejante a Espronceda, escribió además unos cuentos que han sido traducidos al francés y al alemán y son muy celebrados”. Los primeros libros de Poe publicados en español no son traducciones directas sino que fueron vertidas a nuestro idioma a partir de la traducción francesa de Baudelaire. Una edición española que circuló en México fue la publicada en Barcelona por la Biblioteca de Artes y Letras en 1887. La traducción de E.L. de Verneuil incluye el prólogo de Baudelaire, que ya desde entonces comenzaba a convertirse en umbral imprescindible para entrar en el universo de Poe y considerarlo como un autor cuya trascendencia iba más allá de la pura literatura superficial y sensacionalista para ofrecer las múltiples facetas de una mentalidad privilegiada. Más que elocuentes resultan las magníficas ilustraciones de F. Xumetra incluidas en el libro: en varias de ellas el personaje tiene rasgos muy semejantes a los de Poe, lo cual señala la identificación estrecha que comenzaba a establecerse entre vida y obra del autor.



Edgar Allan Poe por Marcus Root

Justo Sierra emprende en 1895 el que denomina su *Viaje a tierra yanqui*. Uno de los puntos tocados es Baltimore, cuna y sepulcro de Poe, que se convierte en una peregrinación en el más estricto sentido del término:

Quería yo ir no muy lejos de la calle de Calvert, en que estaba nuestro hotel, a la de Lafayette, donde se ve el sepulcro de Edgar Poe, en un jardín a flor de calle. El nombre de este fantasista maravilloso, que hizo arder su genio como la mecha de una lámpara de alcohol, explicará a muchos el estado de ánimo que me obligaba a convertir en una ciudad siniestra y lívida la honrada ciudad fundada por Lord Baltimore hace cerca de doscientos años, en el estuario del Patapsco, en la tierra de la reina María Enriqueta, mujer de Carlos I, es decir, en la Maryland. ¡Ay! Cuán triste nos pareció aquella noche puritana; las aceras largas corrían ante nosotros monótonamente tableadas por los reflejos de los grandes aparadores iluminados, que espejaban en el gris de las piedras humedecidas por una llovizna fría como prédica protestante. Por ella nos lanzamos; pero pareciendo a mi compañero demasiado lejano e incierto el objeto de mi fúnebre visita, emprendimos la vuelta por una calle paralela, vimos un solitario mercado, continuamos escudriñando escaparates repletos de telas muy ricas unos, de objetos muy vulgares otros, de zapatos aquí, de ropa hecha allá, de muebles finos acullá.

La visita de Sierra al sepulcro de Poe no se consuma pero de sus palabras salta a la vista la predisposición espiritual en que pone a evocar al escritor y el reconocimiento que le merecía exclusivamente debido al carácter siniestro de su escritura. Semejante simplificación es explicable: la mayor parte de los textos que de manera cotidiana aparecían en el periódico *El siglo XIX* son casi exclusivamente de esta naturaleza. Un siglo después del viaje de Sierra, el escritor y médico mexicano Bruno Estañol publica el texto “Visita a la tumba de Edgar Allan Poe”, incluido en el libro *La esposa de Martin Butchell* (1997). La historia narra el periplo de dos matrimonios al cementerio de Baltimore. Las parejas se dan cuenta de que al paso de los años han cambiado física y emocionalmente. La tumba del poeta se transforma en un poderoso imán que altera su vida rutinaria. Una de las mujeres cree ver en su marido una transmutación que interpreta como la posesión de un espíritu anglosajón. Como gran neurólogo que es, Estañol interpreta esa transformación del yo en otro desde la perspectiva del síndrome de Capgrass, cuyo afectado “cree que ha sido suplantado, impersonado por otro”.

Si bien la sensibilidad del siglo XIX no aceptaba la parte luminosa dentro del carácter siniestro de los textos de Poe, a fines de la centuria el autor norteamericano encontró lectores devotos no sólo del talento de su obra sino también del genio de su vida en los autores

que ostentaban con orgullo la denominación de decadenistas. Con la aparición de la *Revista Moderna*, en 1896, asistimos a un instante en que nuestros escritores asimilan su influencia, porque tiempo y espacio estaban preparados para recibirlo y comprenderlo.

Los últimos años del siglo XIX los mexicanos publican una serie de obras narrativas de soterrada violencia: *Asfódelos* (1897) de Bernardo Couto Castillo, *Claro-Oscuro* (1896) y *Croquis y sepias* (1898) de Ciro B. Ceballos, *Cuentos nerviosos* (1900) de Carlos Díaz Dufoo. En todos ellos es notable la influencia —reconocida o indirecta— de Edgar Allan Poe. A través del personaje de uno de sus cuentos de *Asfódelos*, Couto declaraba: “¡Un loco, evidentemente no lo soy!, pienso, discuto y obro como el común de los mortales, mejor muchas veces. Soy un enfermo, no lo niego, un enfermo, sí, pero un enfermo de refinamientos, un sediento de sensaciones nuevas”. En sus memorias, José Juan Tablada se encarga de completar el panteón literario de su generación: “Del árbol genealógico de nuestra familia electiva era tronco Edgar Poe, canonizado por Baudelaire y confirmado por Mallarmé que recogió sus cenizas y las amparó contra ‘*le vol noir de la blasphème*’ en la urna del soneto memorable. De ese árbol las últimas flores eran Rimbaud y Laforgue, aquilatados por nosotros antes de que se pusieran de moda en su misma patria, sea dicho en honor de la segura intuición de aquel grupo juvenil”.¹

Rubén M. Campos, otro miembro del clan decadentista, escribirá su memorias bajo el título *El bar*, donde además de analizar la vida literaria en las postrimerías del siglo XIX, enumera las sucesivas víctimas dejadas por ésa que se había convertido en una nueva institución republicana. De igual manera, a Rubén M. Campos se deben varios cuentos donde el tema del entierro prematuro y el alcoholismo revelan una atenta lectura de los cuentos de Poe.

Los personajes de los autores mexicanos aman a mujeres de nombres extravagantes y sonoros como los que desfilan por los cuentos de Poe; son obsesivos y ultrasensibles como Roderick Usher y desafían a su doble, como William Wilson.

¹ José Juan Tablada, *La feria de la vida. Memorias*, Editorial Botas, México, 1937, p. 245.



El centenario del nacimiento de Poe fue celebrado con la publicación de su biografía aparecida en *El Mundo ilustrado*. Los periódicos mexicanos reseñaron que en Inglaterra se conmemoró este evento con la presencia de Arthur Conan Doyle, el embajador norteamericano y otros de sus compatriotas residentes en Londres. Hicieron particular énfasis en el hecho de que no se levantaría un monumento en su memoria, pues se había hecho el terrible hallazgo de que no había pagado una deuda. No obstante, el año siguiente Poe fue incluido en el Salón de la Fama. No les faltó razón a los Beatles, cuya portada de *Sargent Pepper's Lonely Hearts Club Band* incluye, en su parte central, la fotografía más conocida de Poe. En uno de los versos de la canción “I am the Walrus” exclaman: *Man, you should have seen them kicking Edgar Allan Poe.*

El 7 de octubre de 1849, en el cementerio presbiteriano de Baltimore, un cortejo formado por cuatro íntimos acompañó a Edgar Allan Poe al encuentro definitivo con la presencia ausente que había sido tema obsesivo de sus exploraciones. Casi un siglo más tarde, a las 4 de la tarde del 13 de agosto de 1942, un grupo igualmente escaso, y por lo tanto selecto, depositaba el cuerpo del poeta Jorge Cuesta Porte-Petit en el Panteón

Edgar Allan Poe es un autor admirado y estudiado por el joven que descubre sus propios fantasmas y por el erudito que rastrea las rutas de su pensamiento.



Édouard Manet, Edgar Allan Poe

Francés de la Piedad de la Ciudad de México, a espaldas de la capilla gótica, espacio destinado a los suicidas.

Ninguno de los dos llegó a los cuarenta años de edad. Ambos consumieron su existencia con rapidez e intensidad. Sus mentes privilegiadas, su lucidez pasmosa tuvieron como alicientes y enemigos al monstruo traslúcido del alcohol y al fantasma carnal de la locura. Ambos terminaron sus días signados por la tragedia: el abandono y la mutilación, la alucinación y el suicidio. Sin embargo, y sin olvidar la atracción legendaria que les otorga un sitio en el martirologio literario, pasaron a la historia como fundadores y revolucionarios. Frente a la obra de sus antecesores y sus contemporáneos, no sólo dijeron *de otro modo lo mismo*, sino se atrevieron a reformular el trabajo del escritor y el objeto de la escritura. Poe murió sin que aquellos que se decían sus pares comprendieran cabalmente que la complejidad de sus ficciones nacía de la exploración del alma y no de la imitación superficial de modelos de literatura menor. Por fortuna, del otro lado del océano encontró a su *hipócrita lector, su semejante, su hermano*, en la figura de Charles Baudelaire, “su traductor en más de un sentido”, según las palabras de Cuesta.

El mexicano murió sin haber publicado un solo libro, pero tras haber escrito una serie de poemas donde a la perfección de la forma se alía un sistema crítico que exalta la superioridad del andamio sobre la frustración del resultado. De Baudelaire se deriva el desorden de

todos los sentidos, la videncia de Rimbaud y la revolución surrealista. Otro de los discípulos de Poe, Stéphane Mallarmé, determina el comportamiento estético de quienes, como Paul Valéry, hacen de la escritura una fiesta del intelecto. En ambas fuentes beben Jorge Cuesta y su grupo. De ese choque de sensibilidades parten para lograr la profesionalización de la escritura iniciada por los modernistas. Si para el romanticismo la razón es enemiga natural de la inspiración —brotada en libertad y por obra del instinto—, los primeros románticos mexicanos intentaron establecer un programa que pudiera explicar —a quienes hacían la literatura y aquéllos a quienes se destinaba— los motivos por los cuales nacía.

Los cuentos de Poe, en su fondo y en su forma, van más allá de la narración de una historia. Antes de entrar en el terreno propiamente dicho, formulan la hipótesis que el autor pretende demostrar con la precisión de un teorema que no pierde su inventiva. Cuesta lo explica del siguiente modo: “Emplea, primero que nadie, un orden meditado que organiza sobre una misma finalidad los objetos reunidos en la obra artística que emprende. Logra ocultar la naturaleza de cada sentimiento, de cada personaje con el oficio que un propósito calculado les impone. Los temas sobrenaturales de sus narraciones desnaturalizan los datos reales con que las alimenta”.² En estas breves líneas, Cuesta sintetiza la principal aportación de Poe a la sensibilidad moderna. Antes del Paul Valéry y su recordatorio del rigor obstinado, Poe plantea que el método es tan importante como la obra, en su trilogía de textos críticos *The Philosophy of Composition*, *The Poetic Principle* y *The Rationale of Verse*. Al retomar esta idea y llevarla a la práctica, Cuesta es el más próximo a la paradoja enunciada por Remy de Gourmont acerca de los escritores que no escriben.

El tiempo de los Contemporáneos era el tiempo de Poe. De apreciarlo no sólo como el gran escritor que era, sino de examinar la relación entre intención y creación. Si sólo el espíritu crítico es el que crea, Cuesta vio que “la crítica de Poe no está lejos de parecer una pura actividad científica, una actividad intelectual que se ejerce sobre un objeto perfectamente delimitado por el cálculo”.³ ¿No puede decirse lo mismo del propio Cuesta?

Poe y Cuesta fueron intelectos paralelos. La palabra inmediata que viene, al examinar su destino, es la de trágico. Sin embargo, ¿quién que es no es trágico? ¿Quién que verdaderamente es, al menos no roza la tragedia, la vive, la deshecha o monta en su vértigo? Poe nace en 1809 bajo el signo de Carpicornio; Cuesta, el 21 de septiembre de 1903, determinado por Libra. En su primera juventud, ambos son atacados por el sol negro atraí-

² Edgar Allan Poe, *The Best Known*, Blue Ribbon Books, New York, 1927.

³ Jorge Cuesta, *Obras*, UNAM, México, 1971, pp. 43-44.

do por los que hacen del pensamiento la razón de su vida. A los veinticinco años de edad Poe expresa en una carta de 1834: “En este momento me encuentro en un estado verdaderamente lamentable... He luchado en vano contra la melancolía”. Comienza entonces a beber. Por su parte, Cuesta comienza a tener, a la misma edad, dolores de cabeza en la hipófisis. Con su lucidez implacable, confesaba a su esposa: “Esto no tiene remedio, a los treinta y cinco años, te juro, voy a ser loco... he estudiado todos los tratados sobre las glándulas, y eso es una de las cosas que producen la locura”.⁴ A los treinta y seis años de edad, Poe publica su poema mayor; a los treinta y cinco, Cuesta escribe las últimas estrofas de “Canto a un Dios mineral” mientras espera a los enfermeros que habrán de trasladarlo al hospital psiquiátrico. Baudelaire fue biógrafo y hagiógrafo de su alma gemela. Su trabajo es notable no sólo por lo que de humano tiene sino porque descubrió al mundo la modernidad y las aportaciones fundamentales de Poe. Por eso Cuesta, con sus contemporáneos, pudo concluir: “Sin tener presentes a Baudelaire y Poe, no se explican una tan transparente verdad de la ficción, una tan exacta inteligencia de lo imprevisto, un tan lúcido rigor del azar como en la poesía de Mallarmé y de Paul Valéry ocurren, y en que *La ciencia poética* ningún límite traza a su demoníaca pasión de conocer”. Louis Panabière, en un libro ejemplar por su rigor cuestionario, explica el fin de Cuesta de la siguiente manera: “...no huyó de la materia ni del mundo. Más bien gracias a la mayúscula atención que puso en ellos los transformó para lograr esa unidad infinita, expresada en los versos de Mallarmé que él mismo tradujo: “*Tel qu'en lui-même enfin l'éternité le change*”.⁵

Este 2009 se cumplen doscientos años del nacimiento y ciento sesenta de la desaparición de un escritor que, de ser considerado extravagante y marginal, ha llegado hasta nosotros como uno de los arquitectos del pensamiento artístico, la lucidez y el profesionalismo literario. Edgar Allan Poe es, en el arranque del siglo XXI, un autor admirado y estudiado por el joven que descubre sus propios fantasmas y por el erudito que rastrea las rutas de su pensamiento. Una de sus grandes lecciones ha sido enseñarnos la veracidad de la frase de otro poeta que supo traducir la majestuosa hermosura de la muerte: la belleza no es sino el principio del terror que todavía podemos soportar.

Porque un gran poeta es siempre nuestro contemporáneo, terminan estas palabras con una carta dirigida al maestro Poe como testimonio de nuestra objetiva admiración:

⁴ Citado por Louis Panabière, *Itinerario de una disidencia. Jorge Cuesta (1904-1942)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983, p. 79.

⁵ Louis Panabière, *op.cit.*, p. 87.

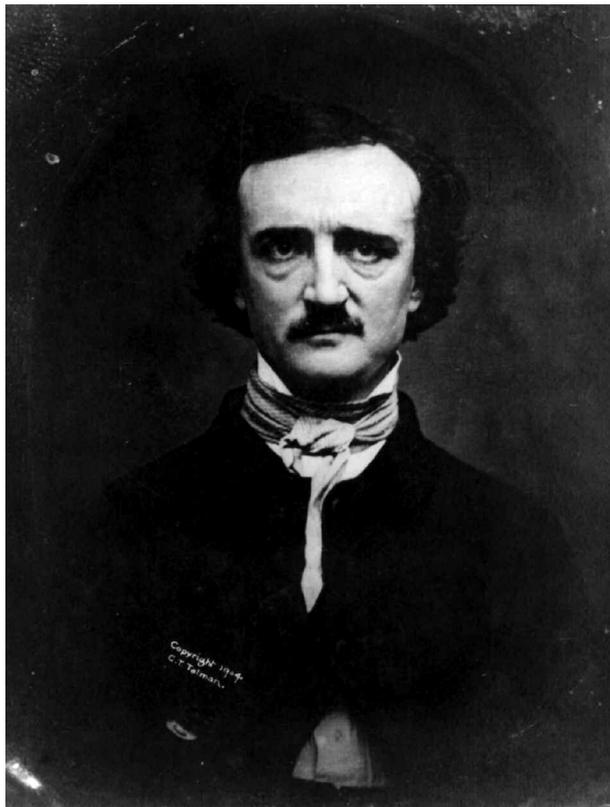
San Lorenzo del Escorial, 4 de agosto de 2009

Maestro Edgar Allan Poe,
Domicilio conocido:

Las cosas en el que fue su mundo han cambiado, pero aún permanece la barbarie del que todo lo quiere sin importar los medios. A ningún muerto le importa saber que vive en la memoria de quienes le sobreviven, pero desde donde Usted se encuentre debe sonreír, satisfecho por haber escrito “El extraño caso del señor Valdemar”: como él, nos habla desde un dominio que nuestras limitaciones nos obligan a llamar más allá. Usted lo supo mejor que nadie. Ser escritor es una victoria formada por una suma de fracasos. Como los boxeadores, usted vivió en un país y en un tiempo donde para mantenerse en la cúspide era necesario hacer a un lado la pasión del *amateur* que actúa porque quiere y no porque debe. Antes de Hawthorne y Melville, dos de sus grandes herederos, se atrevió a decir *no* y a escribir historias incomprensibles, ambiguas, laberínticas, cuyos lectores aún no nacían. Ahora las cosas son distintas y Usted tiene que ver con todo y con todos: con el ado-



Pablo Bernasconi, *Edgar Allan Poe*



Mirror Cradle, Edgar Allan Poe

lescente que en su ansia de vida se descubre entre el pozo y el péndulo antes de encender la televisión, esa caja del diablo que hubiera podido inventar el profesor Von Kempelen; con el proyecto de Alan Parson, quien tradujo al pentagrama no las anécdotas sino los climas de sus *Tales of Mystery and Imagination*; con los Beatles, que lo colocan en la portada de su *Banda de los corazones solitarios del sargento Pimienta*; con Diamanda Galas y su desgarradora plegaria por la peste de este fin de siglo, tan devastadora como la muerte roja.

Usted no tuvo hijos, pero su genio y su fecundidad pusieron la semilla de la que surgió una dinastía de descastados: el inmenso Charles Baudelaire, quien de no haber escrito nada, hubiera pasado a la Historia como el más generoso y eficaz agente literario, como el príncipe de los amigos en el más ingrato y solitario de los oficios; Horacio Quiroga, poseído por la fiebre diurna que azuzó los terrores de Arthur Gordon Pym; el torturado Howard Phillips Lovecraft, vagabundo en las calles de Providence, descubriendo en cada esquina que los monstruos nacen de las profundidades del corazón. Jorge Luis Borges, amante de los laberintos y la limpieza matemática de la prosa, nos enseñó a entrar con más cuidado en senderos de los que Usted fue pionero.

Ahora sus compatriotas —éso que en vida no lo merecieron— han alcanzado la Luna, como antes lo hizo el globo aerostático de su Hans Pfall. Las computadoras resuelven en segundos la criptografía que a los personajes de “El escarabajo de oro” les llevó una vida. El cine, desde la obiedad estremecedora de Vincent Price al lirismo de Louis Malle, se ha encargado de traducir,

con mayor o menor fortuna, sus visiones. Marie Bonaparte, discípula de Sigmund Freud, lo tomó como modelo de laboratorio para ilustrar los abismos del alma. En fecha reciente, un ejemplar de *Tamerlane*, su libro de poemas, se vendió en una cantidad que sólo por vergüenza nos callamos.

El mal no termina, y para encontrar las fuerzas que lo mueven no bastan los tecnócratas: es necesaria la fuerza y la tenacidad de un August Dupin. El detective sigue siendo —por fortuna— un hombre común, víctima de sus iluminaciones y desastres. La literatura, tal y como Usted la concibió, sigue siendo un juego de inteligencia, de pasión domada: el azar es consuelo de los mediocres. El triángulo brevedad-intensidad-efecto que resolvió con limpidez de teorema en “La filosofía de la composición” está marcado a fuego en todo aquel que desea trasladar la horrible realidad a la existencia incorruptible del texto perfecto.

Quien nace para vidente, intuye lo que vendrá, no obstante la imprecisión y vaguedad de las formas. Usted sabía todo esto. De ahí la ambigüedad de esa semisonrisa presente en la mayor parte de sus retratos. A siglo y medio de su partida, Usted, Edgar Allan Poe, es cada vez más joven. Si vuelve a morir, será por nuestra incapacidad para seguir mirando los fulgores de su exigente diamante. Lo afirman los más autorizados académicos; lo comprueba el niño que en mitad de la noche descubre que en su ropero se congregan los terrores del primer hombre, ése que en el cielo descubrió su miedo y con ello supo que, a pesar de todo, vivir es una aventura incomparable. **U**